

ESTUDIOS

CLAUSEWITZ COMO PENSADOR POLITICO O EL HONOR DE PRUSIA

1. LA EDICIÓN DE HAHLEWEG DEL «VOM KRIEGE»

Hoy día el nombre de Clausewitz es sobradamente elocuente. No sólo evoca, como antes, la imagen de un ayudante eficaz, que ha colaborado en la reforma del ejército prusiano, a la sombra de sus geniales jefes Scharnhorst y Gneisenau, y que escribió el famoso libro *De la guerra*.

Mientras tanto su nombre llegó a tener fama mundial. Partisanos de la revolución mundial como Lenin y Mao-Tse-Tung lo han colocado en el gran contexto de la Historia universal. Ni siquiera en la discusión sobre armas y medios de destrucción de la guerra nuclear ha perdido su actualidad. Su teoría de la guerra es, hoy día, más bien moderna que técnicamente superada y —más allá del contenido de exposiciones arraigadas en su época— se ha convertido en piedra de toque para la relación entre teoría y práctica. Para apreciar plenamente el magnífico trabajo editorial que presenta Werner Hahlweg, con sus nuevos documentos de Clausewitz, hay que tener en cuenta los aspectos que evoca este gran nombre (1).

1) *El memorándum-confesión de Clausewitz en el laberinto de legitimidades*.—Este tomo de documentos tiene su punto culminante en el llamado memorándum-confesión que Clausewitz escribió en febrero de 1812. El joven oficial prusiano pide a su rey que se lance a la aventura desesperada de una guerra contra Napoleón, y nadie se puede sustraer a la convincente intensidad de su informe. Toda la tensión de los años 1807 a 1812 se concentra aquí en un momento crucial de febrero de 1812 y se representa simbólicamente en un documento. La tensión aumenta para el lector que sabe que en este mismo mes de febrero el rey hizo un pacto con Napoleón.

(1) CARL VON CLAUSEWITZ: *Schriften - Aufsätze - Briefe*. Dokumente aus den Clausewitz-Scharnhorst- und Gneisenau-Nachlass sowie aus öffentlichen und privaten Sammlungen, editado por Werner Hahlweg, con una introducción de Karl Dietrich Erdmann I (Göttingen, 1966).

El memorándum-confesión de 1812 se mueve dentro del marco de una política que Gneisenau, el jefe y maestro de Clausewitz, había señalado en sus memorias de agosto de 1808 y de 1811. Se trataba de incitar al cauteloso e indeciso rey a la guerra contra Napoleón. El memorándum deriva su nombre de las tres «confesiones» que lo componen. El oficial prusiano se declara partidario de la lucha existencial contra Napoleón —aventura arriesgada en la situación de entonces—: primero, «como reacción espontánea del corazón y voz del sentimiento»; segundo, por motivos de razón política, que no se deja afectar por el miedo y que conduce a la conciencia de que Napoleón es el enemigo irreconciliable de Prusia, y que tampoco se dejará reconciliar por la sumisión; tercero, a base de un cálculo de la situación militar, cuya última y realmente desesperada esperanza es una sublevación popular armada. Todo esto no deja de ser un memorándum. A causa de aquellas tres confesiones se puede llamar memorándum-confesión. Calificarlo exclusivamente de «confesión» insinuaría una especie de falsa irracionalidad que no corresponde al documento. Este informe militar, casi tecnocrático, de un verdadero oficial de Estado Mayor, ni es algo así como una profesión de fe del uso de la reforma o al estilo de la Iglesia antigua, ni tampoco es una confesión rousseauiana, ni tampoco una declaración de culpabilidad ni mucho menos una formulación filosófico-moral (2).

En la médula de este memorándum hay la contestación clara a una pregunta clara: ¿Quién es el verdadero enemigo de Prusia? La contestación, cuidadosamente pensada y reflexionada en toda su problemática, es: Napoleón, emperador de los franceses, que ha impuesto el bloqueo continental a Europa y que tiene que aniquilar un Estado como Prusia, aunque Prusia busque sinceramente una reconciliación. Al margen del texto se reproducen las notas, críticas o afirmativas, de la mano de Gneisenau o de Boyen, lo cual aumenta el interés de la lectura; por ejemplo, una nota a lápiz de Boyen (pág. 740) que se indigna contra el dicho, entonces corriente, de que «el alemán no es

(2) En el amplio trabajo *Spanien und die deutsche Erhebung 1808-1814*, de RAINER WOHLFEIL, interesante por su material, se menciona este informe alternativamente como «Bekennnisdenschrift» o «Bekennnisschrift» (págs. 227, 229). No está claro si el autor lo cambia con intención o no. Pero aunque fuese sin intención, la alternancia sería sintomática para las asociaciones subyacentes de ideas y sentimientos que no se dejan separar fácilmente de la palabra alemana «Bekennntnis». En mi trabajo *Theorie des Partisanen, Zwischenbemerkung zum Begriff des Politischen* (Berlín, 1963) me refiero a varios temas y problemas del libro de Wohlfeil. Véase la reseña de HANS ULRICH SCUPIN en *Der Staat*, 5 (1966), pág. 245-50. La traducción española se publicó bajo el título *Teoría del Partisano, Acotación al concepto de lo político*, en la Colección «Ideologías Contemporáneas», dirigida por Jesús Fueyo Alvarez, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1967.

ningún español» —más adelante volveremos a encontrarnos con esta afirmación. Un pequeño detalle (pág. 691) que percibimos en su asombrosa realidad concreta gracias a la crítica textual sumamente exacta de esta edición, nos deja reconocer, fulminantemente, de lo que aquí se trata. En su segunda confesión —que se refiere a la razón no afectada por el miedo— Clausewitz habla de la economía, que califica como «el principio vital más común de nuestra constitución social». Recuerda la penosa situación económica que se derivó del bloqueo continental, el cataclismo que amenaza y que sería «una verdadera bancarrota, es decir, una bancarrota multiplicada de cada uno contra cada uno», y que no se podría «comparar con una bancarrota estatal corriente». La situación económica es la consecuencia de las medidas de un «general victorioso desde el Ebro hasta el Niemen». En el original del esbozo manuscrito de Clausewitz, Gneisenau subrayó con lápiz la palabra *general* y añadió al margen, igualmente con lápiz, «bandido con suerte».

«Bandido» era la expresión que Napoleón solía usar, con preferencia, para los guerrilleros españoles. Contiene una discriminación, desde el punto de vista de la tropa regular, plena de razón. En la guerra popular nacional resulta «bandido», por el contrario, el invasor imperialista, por muy regular que sea su tropa. Aquí chocan justificaciones opuestas de la guerra, y aumentan su intensidad. La situación del año 1812 tenía en sí una jungla inextricable de «legitimidades» opuestas. Con esta palabra designamos aquí los diversos principios y sistemas de justificación que garantizan el derecho a la guerra y la tranquilidad de la conciencia en caso de coacción.

Al hablar de legitimidades en plural nos apartamos del actual uso lingüístico, que aplica el singular, aunque la coexistencia de diversos tipos y clases de legitimidad es hoy día cosa corriente e incluso inmanente a una visión del mundo pluralista. Distinguimos la legitimidad dinástica, la nacional-democrática, la revolucionaria e incluso la carismática, y, observándolo de cerca, se podrían registrar aún muchas más legitimidades. Pero la palabra *legitimidad* ha sido durante todo un siglo la exclusiva de una clase de ella, es decir, de la legitimidad dinástica, y el uso lingüístico sigue utilizando el singular, sub- o medio consciente de la persistencia de este monopolio. La palabra legitimidad nos sirve a nosotros para una orientación rápida sobre la situación del año 1812, en la cual Clausewitz tenía que desenvolverse. Su característica es el derrumbamiento de núcleos de legitimidad, la colisión abierta de legitimidad dinástica y legitimidad nacional, junto con muchos intentos de coexistencia y compromiso en donde los contrincantes buscaban sobreponerse o minarse, de manera que a menudo se confundían colisión abierta y colaboración secreta, y una colusión turbia de legitimidades chocantes envenenaba el ambiente político.

El rey de Prusia notaba que su legitimidad dinástica estaba amenazada por los planes de armamento popular apetecidos por los reformadores militares. Los reformadores del ejército pensaban en el potencial de guerra que se encontraba en las dos legitimidades opuestas, y esperaban poder cambiarlo. Ante un enemigo como Napoleón el riesgo era evidente. No hacía ni tres años, en 1809, que el emperador de Austria había intentado una combinación de los principios dinástico y nacional, autorizando el levantamiento popular de los tirolese. El resultado había sido aplastante: reconocimiento de José Bonaparte como rey de España, casamiento de una hija del emperador Habsburgo con el vencedor Napoleón y fusilamiento de Andreas Hofer, fiel **partisano** tirolés, por orden directa de Napoleón. Semejante mezcla de colisión abierta y colusión secreta de legitimidad dinástico-familiar y nacional-popular tenía que convertir la vida pública de Europa en un laberinto de fantasmas.

La legitimidad nacional-revolucionaria de los jacobinos había hecho el proceso, en 1793, al rey dinástico-legítimo-hereditario de Francia. Apenas diez años más tarde, en 1804, había surgido una nueva dinastía hereditaria de Bonaparte, emparentada con las más antiguas dinastías legítimas y reconocida en toda Europa por convenios de Derecho internacional, alianzas y matrimonios. Frente a la dinastía neo-legítima de Bonaparte, los reyes de España de la casa de Borbón, Carlos IV y Fernando VII, de legitimidad antigua, desempeñaron un papel especialmente triste. Incluso Châteaubriand, su colaborador activo en tiempos de la Santa Alianza, no encontró, al fin, otro calificativo para ellos que el de «miserable». Y en el mismo caso del gran Napoleón, fundador afortunado de una nueva dinastía legítima, las legitimidades contradictorias se acumularon y mezclaron de tal modo que para el gusto actual no le quedará mucho más que una legitimidad «carismática», una categoría que puede compartir, según Max Weber, con Kurt Eisner y otros demagogos.

En tales épocas de colisión abierta y colusión secreta de legitimidades surge el «paisaje de traición», como lo ha llamado Margret Boveri al describirlo para nuestra actualidad. Para la topografía de semejantes paisajes, el comportamiento de un hombre como Clausewitz tiene más importancia que el éxito novelesco del ascenso social de Bernadotte o, incluso, la farsa de un alegre aprovechador de la legitimidad como Jerónimo Bonaparte, entonces (1807-1812) rey neo-legítimo de Westfalia y aliado del rey de Prusia. En su memorándum-confesión de 1812, un informe estrictamente confidencial y dirigido a los superiores inmediatos, el oficial prusiano apela a la posteridad «con la voz del sentimiento» y exclama: «Entrego esta ligera hoja en el altar sagrado de la Historia.» La llamada tuvo eco, y la fuerza moral e intelectual de su memorándum tuvo la intensidad suficiente para llegar a la posteridad.

2. PRÁCTICA ESPAÑOLA Y TEORÍA PRUSIANA DEL LEVANTAMIENTO POPULAR

El mismo Clausewitz no desempeñó papel alguno de primer plano en la escena de la gran política. Su carrera como militar profesional no fué, de ninguna manera, brillante, sino que se desarrolló tras la estela de sus superiores Scharnhorst y Gneisenau. No alcanzó fama de gran estratega. Su renombre —para recordarlo otra vez— se basa exclusivamente en un libro sobre teoría bélica publicado después de su muerte. El problema de la relación entre teoría y práctica tiene aquí sus aspectos especiales, que surgieron para Clausewitz cuando la resistencia irregular del pueblo español contra los ejércitos napoleónicos empezó a convertirse en factor esencial de la beligerancia.

Clausewitz pensó en ir a España para luchar allí contra los franceses, como otros oficiales prusianos cual Grolmann y Schepeler, pero junto a la tropa regular inglesa o española, y no como compañero de guerrilla del «Empecinado» o partisanos similares. Una chispa saltó, en aquel momento, de España al Norte. Allí se convirtió en un mito político que ayudó eficazmente a atizar la resistencia alemana contra Napoleón. Pesimistas, derrotistas y partidarios de Napoleón reaccionaron con la frase: El alemán no es ningún español. También los reformadores militares, tanto austríacos como prusianos, tenían en cuenta las experiencias españolas, pero era muy difícil conseguir informaciones correctas, porque, con el sistema de tráfico y comunicación de entonces, Alemania estaba más lejos de España que hoy día del Vietnam.

En su libro *España y el levantamiento alemán de 1808 a 1814*, Rainer Wohlfeil nos da una descripción gráfica de la acogida y repercusión, del juicio, exploración y aplicación que han encontrado los acontecimientos españoles. La descripción está documentada con una gran abundancia de valioso material, pero me parece que no tiene en cuenta el carácter especial, tan fuerte y finalmente decisivo, de la reforma del ejército prusiano, y lo específico, tanto ideológica como sociológicamente, de una pequeña pero intensa élite de poder que se arriesgó a la guerra contra Napoleón y, finalmente, la ganó. Wohlfeil percibe que en Prusia faltaban lo que él llama «las bases humanas» para una guerra popular. Le parece dudoso que la guerra de independencia española no sólo fuese un impulso y modelo para Gneisenau (y esto significa que también para Clausewitz), sino que, además, «incluía un grave peligro de arrastrar a la monarquía a una lucha por su existencia con medios bélicos completamente insuficientes» (pág. 229). Pues bien, el memorándum-confesión de 1812 demuestra que aquellos prusianos se daban perfecta cuenta del riesgo. El problema sería entonces si se debían respetar las «bases metafísicas» de su valor, aun cuando sus energías morales e intelectuales tenían otras fuentes que el valor del pueblo español.

Wohlfeil niega este problema apodícticamente. En su opinión, el idealismo de los reformadores prusianos no constituye una base suficiente para un levantamiento popular. Con una sola frase liquida al filósofo Fichte. Dice: por cierto, Fichte se ha preocupado de «crear una base espiritual para un levantamiento popular», pero aquellas «bases humanas», que existían en España y que faltaban en Prusia, «no las podía proporcionar ningún filósofo» (página 229).

El tema y el material del libro *España y el levantamiento alemán de 1808 a 1814* quizá hayan cerrado la perspectiva del autor para calibrar la importancia de Fichte y lo peculiar de la enemistad prusiana contra Napoleón. Sería injusto hacer de esto un reproche a un trabajo científico importante. Verdad es que Fichte tiene poco que ver con España, y España nada con Fichte. Nos interesa la enemistad contra Napoleón, que trataremos más detalladamente en los apartados 4 y 5. Antes quisiera mencionar un «Précis de la guerre en Espagne et en Portugal», utilizado por Wohlfeil (pág. 225) y publicado en el libro de Hahlweg (págs. 604-611). Este «précis» es del año 1811 ó 1812, y se refiere a la época de noviembre de 1807 a junio de 1811. No contiene más que una escueta enumeración simple de importantes acontecimientos militares en la península Ibérica por orden de fechas. Según dice Hahlweg, «no está claro si se trata de un trabajo privado o más bien de un encargo oficial». Probablemente se trata de unos apuntes, como suelen hacerse para la preparación de informes, conferencias o clases, con el fin de no perder de vista el orden cronológico. En este trabajo, llama la atención que sólo se mencionan las luchas y movimientos de tropas regulares, pero ni una palabra de la *guerra chica*. Sólo una vez, en relación con el levantamiento de Madrid del 2 de mayo de 1808, se habla de una *levée générale de l'Espagne*, y surge la significativa frase: *Partout le voile était levé, tout le peuple se déclare ennemi de la France*.

Es una frase de interés particular, precisamente porque le falta la sobria exactitud de un informe concreto que caracteriza, por lo demás, este «précis». (Lo mismo pasa con la afirmación siguiente de que la junta de Sevilla se haya constituido como «primera autoridad del Reino».) Es natural que las informaciones sobre la guerrilla no pueden ser tan precisas como las noticias sobre batallas de ejércitos uniformados. Mucho más llama la atención que se ignore por completo en este «précis» el momento más característico de la guerra popular española, y que debía ser para los reformadores prusianos el momento más actual desde el punto de vista militar. Haciendo una comparación con Prusia, precisamente, los acontecimientos españoles del 2 de mayo no tienen, ni remotamente, la importancia que tiene el hecho de que la guerrilla española empieza más tarde, en otoño e invierno de 1808 a 1809, des-

pués de que los ejércitos regulares español e inglés habían sido fatalmente derrotados por los franceses, en batalla abierta, y después de que la guerra militar parecía terminada. El «précis» apunta, consecuentemente, las batallas de Zornasa, Tudela y Medellín y la victoria aparentemente definitiva de Napoleón a fines de 1808 (pág. 607). Pero ni en este lugar ni más adelante habla de la guerra popular o de guerrilla, aunque ambas empezaron ahora, hacia fines de 1808, a constituir un potencial de guerra decisivo.

La derrota del ejército regular es piedra de toque de la capacidad de un pueblo para hacer la resistencia armada contra un invasor extranjero. En 1807, la guerra entre Prusia y Francia estaba totalmente terminada después de la derrota del último ejército regular prusiano en Friedland. En España, por el contrario, la guerra popular empezó después de las grandes derrotas de la tropa regular. Este hecho es decisivo para nuestra consideración. En vista de esto, la verdadera causa de la resistencia del pueblo español es de importancia secundaria; sea el fanatismo de los curas y monjes que, según Napoleón, eran los verdaderos atizadores, agitadores y provocadores de la resistencia, sea la fidelidad del pueblo español a la monarquía legítima, sea la pobreza y la deficiente educación del pueblo, sea la ayuda de tropas, agentes y dinero ingleses o sea la colaboración de tropa regular y partisanos. De todas formas resultó esencial la ausencia de una dirección central. Precisamente esta falta hizo posible la auténtica espontaneidad de la guerra popular. La enemistad que el pueblo español sentía contra los franceses no necesitaba teoría alguna, ni las enseñanzas de un Bakunin o Kropotkin, para comprender que un ejército napoleónico se podía perturbar eficazmente estorbando su municionamiento e impidiendo su avituallamiento. Por consiguiente, la guerra popular se disolvió en docenas e incluso cientos de acciones locales, es decir, en algo que los planificadores de la resistencia prusiana consideraron una enorme desventaja, y lo que quisieron evitar con su planificación.

De todos modos, en España hubo durante cinco años, de 1808 a 1813, una guerra popular y una guerrilla efectiva, pero ni rastro de una correspondiente teoría. Nadie considerará la Prevención de la Junta de Sevilla de 1808 o el Corso Terrestre de 1809 —reglamentos españoles de la guerra popular— como una teoría de guerra. Quien teorizaba entonces en España de una u otra forma era afrancesado. En Prusia, sin embargo, surgió entonces una brillante teoría de la guerrilla y del levantamiento popular armado, mientras que en la realidad práctica existía sólo una lucha clásica de tropas uniformadas y sólo se veía una decisión definitiva en la batalla abierta. La diferencia es sorprendente, y la pregunta por la relación entre teoría y práctica se presenta, en esta circunstancia, en toda su intensidad.

Todo esto no se debe mirar abstractamente. En 1814 también Napoleón

intentó desencadenar una guerra partisana en Francia, según el ejemplo español, cuando los Aliados penetraron en su territorio. No tuvo éxito alguno. Diez años más tarde, en 1823, los mismos españoles no hicieron guerrilla alguna cuando los franceses volvieron a penetrar en territorio español, aunque esta vez bajo la protección de una legitimidad dinástica, por encargo de la Santa Alianza y como los Diez mil Hijos de San Luis. Napoleón, como enemigo común, había sido tan fuerte que no dejó ver la diversidad de principios de legitimidad y provocó un frente español unitario o, mejor dicho, indiferenciado. En el futuro el desarrollo del nacionalismo español no volvió a conducir a guerras con Francia. El nacionalismo alemán, sin embargo, está esencialmente determinado en su evolución por la enemistad y las guerras contra Francia. En esto repercute una decisión que se tomó durante los años 1807 a 1812 en Berlín, y que significaba que la enemistad alemana contra Napoleón no era idéntica a la enemistad prusiana.

3. LA ENEMISTAD PRUSIANA CONTRA NAPOLEÓN

La cuestión se extiende hacia un problema general que se refiere a Alemania y a los alemanes: los alemanes en su relación con Francia y Europa. En el núcleo del problema está la enemistad prusiana contra Napoleón, emperador de los franceses, que surge entonces. El memorándum-confesión de Clausewitz de 1812 es en su totalidad un documento inquietante de una enemistad profunda y desesperada. En realidad, los alemanes eran frente a Napoleón un pueblo dividido. Se conoce la admiración de Hegel por Napoleón. El final del capítulo IV de su *Fenomenología del espíritu* (Hoffmeister, pág. 472) se podía interpretar en el sentido de que Napoleón era para Hegel «el Dios presente entre nosotros» y de que Hegel mismo era lo otro que pertenecía a este Dios, es decir, el saber puro y consciente de esta revelación (3). El himno de Goethe al Emperador y a su «Imperio», que asegurará la paz en la tierra, data de julio de 1812, pocos meses después de que Clausewitz había escrito su memorándum y pocos días después de que el gran ejército de Napoleón había entrado en Rusia. El disentimiento alemán frente a Napoleón es una realidad histórica; constituye un capítulo importante de la Historia espiritual europea y que podría llevar por título: Rusia y el autoentendimiento de Europa. Aludimos aquí al libro de Dieter Groh

(3) ALEXANDRE KOJÈVE: *Introduction a la lecture de Hegel* (Paris, 1947), págs. 144-5, 153-4, 163-4, 195, 267, 404-5.

de este título, que trata de manera magistral y exhaustiva de la época comprendida entre 1789 y 1848 (4).

También para los españoles Napoleón era el enemigo nacional. Y también los españoles estaban divididos, porque hubo numerosos amigos de Francia y afrancesados, sobre todo en las capas cultas de la población. Una comparación con Alemania nos proporciona algunos paralelismos instructivos. Sin embargo, no se debe hacer caso omiso de las profundas diferencias de sustancia nacional y de situación histórica. Ya la distinta situación geográfica tenía que provocar resultados políticos distintos, porque el único vecino continental de España —aparté Portugal— era Francia. Prusia, por el contrario, tenía además como vecino a Rusia. Y el ejemplo de Polonia demostró que precisamente la vecindad con Rusia podía ser un motivo bien fundado para la amistad con Napoleón. Nos interesa captar el carácter peculiar y concreto de la enemistad prusiana contra Napoleón. Buscamos la imagen verdadera de una enemistad política, un caso típico e ideal para la exposición sistemática que ha dado Julien Freund en el capítulo VII de su gran obra *L'essence du politique*, bajo el título *L'ami et l'ennemi* (5).

Las dos enemistades, tanto la española como la alemana, eran auténticas. Las dos resultaron mortales para Napoleón, pero en el momento preciso la enemistad prusiano-alemana era la más peligrosa, y sólo a causa de ella la enemistad alemana en general fué el motivo de su ruina. España disponía de otras reservas de fuerza política que Alemania, reservas pre-revolucionarias más intensas. Los alemanes no sentían nada parecido a la indignación religiosa y moral de los españoles frente al enemigo de la fe y al saqueador de sus iglesias. Napoleón, el gran secularizador del año 1803, tenía en el bolsillo un concordato con Roma. Pero esto de nada le sirvió en España. En Alemania aun las dinastías católicas más piadosas habían aceptado de manos de Napoleón, con la conciencia más tranquila del mundo, los bienes eclesiásticos secularizados. En toda Alemania hubo adversidad, odio y enemistad contra Napoleón, pero la enemistad prusiana tiene sus propios rasgos específicos.

(4) DIETER GROH: «Russland und das Selbstverständnis Europas. Ein Beitrag zur europäischen Geistesgeschichte», en *Política*, 3 (1961), págs. 81-101: Rusia al comienzo de la guerra civil europea y en la perspectiva de partidarios y enemigos de Napoleón. En mi trabajo *Teoría del partisano*, vid. n. 1, en el capítulo «De Clausewitz a Lenin», páginas 57-58, he comentado una observación interesante hecha por De Maistre: en el verano de 1811, que encontré en la colección de textos *Europa y Rusia*, editada por Dimitrij Tschizewski y Dieter Groh, 1959, Verlag der wissenschaft. Buchgesellschaft Darmstadt.

(5) JULIEN FREUND: *L'essence du Politique* (Paris, 1965), págs. 442-537. Vid., más adelante 6, «Clausewitz como pensador político».

El fundador de Prusia como gran potencia, Federico el Grande, acunó el espíritu de la Prusia moderna. Intentó una combinación de Estado militar y filosofía; pero se quedó en hombre solitario, con un excelente ejército prusiano y rodeado por filósofos franceses. Esto, no obstante, aún no constituía una *élite* espiritual, y sus generales tampoco se podían considerar un Estado Mayor en el sentido moderno. Como es sabido, se ha hablado, precisamente con respecto a Napoleón, de una «alianza de la filosofía con el sable». Probablemente esto lo llenó de orgullo. Pero tan sólo en la pequeña *élite* de poder de los reformadores prusianos, en Berlín durante los años 1807 a 1812, se dió el caso sumamente excepcional de una nueva alianza de militar y filosofía. Del elemento filosófico trataremos más adelante, en el apartado 5. Su contingente militar lo representaban los reformadores del ejército prusiano, entre ellos Gneisenau y Clausewitz.

Toda la medida de la enemistad contra Napoleón, pero también de la gran diferencia entre los dos nacionalismos, se revela en una idea que se le ocurrió a Gneisenau en la primavera de 1815, cuando Napoleón se encontraba vencido en la isla de Elba y mientras que los aliados vencedores se peleaban por el botín en el Congreso de Viena. El 18 de febrero de 1815 (Pertz-Delbrück, v. 322) Gneisenau escribió a su amigo Clausewitz que se dejara «volver a la escena» al vencido emperador de los franceses; esto sería el medio más seguro de «inyectarle a Francia la guerra civil». La idea de Gneisenau merece un momento de reflexión, porque la continuación de los acontecimientos demuestra la fuerza superior del nacionalismo francés.

Era una idea maquiavélica nacida de auténtica enemistad. Es asombroso que Napoleón se adelantó a este atrevido plan, abandonando Elba a fines de febrero de 1815, pocos días después de la carta de Gneisenau, y sin el permiso de los vencedores, que seguían disputando en Viena. Por propia iniciativa volvió «a la escena». La indignación de los aliados vencedores era enorme. Los cien días siguientes, de un nuevo dominio napoleónico, fueron un breve intermedio. El subsiguiente «terror blanco» de los reemigrantes contribuyó efectivamente a «inyectarle a Francia la guerra civil». En la nación francesa se profundizó el abismo entre monárquicos y republicanos, conservadores y republicanos, clericales y laicos, derechas e izquierdas, con secuelas hasta hoy día. A pesar de todo, Napoleón le ganó, por fin, a su enemigo Gneisenau, precisamente porque no había vuelto desde Elba con la ayuda de los enemigos de Francia, sino como su enemigo. Sólo así se explica que pocos años después entrara ya como héroe nacional en el mito francés, condecorado con todos los honores históricos de una legitimidad nacional. El nacionalismo francés era tan fuerte que podía digerir derrotas, guerras civiles y el doble derrumbamiento del bonapartismo.

Napoleón se dió cuenta muy tarde de la enemistad alemana, y nunca la comprendió. Se consideró su benefactor, él que les transmitió a todos —príncipes y pueblos— los buenos frutos de la revolución, ahorrándoles sus terrores. La gracia de una revolución evitada le pareció una base suficiente de legitimidad. Desde Alemania le llegó tanta admiración sincera que podía considerar la enemistad alemana como el fanatismo malintencionado de unos pocos ideólogos. Repetimos como ejemplo de la admiración alemana por Napoleón el caso de Goethe y su himno de julio de 1812. ¿En dónde se encontraban, pues, las energías morales e intelectuales de una enemistad alemana contra Napoleón? En el caso de España, el conquistador veía claramente el frente espiritual: sacerdotes fanáticos; 300.000 monjes habían sublevado un pueblo supersticioso y subdesarrollado contra él, según decía Napoleón. En Alemania, sin embargo, no había clericalismo ni dominio de sacerdotes. Los alemanes eran un pueblo aplicado, trabajador y razonable. Como vencedor glorioso de la revolución francesa, les había traído paz y progreso, evitándoles una revolución sangrienta. Su enemigo podía ser el ruso, el escita, el bárbaro. En 1812 se convirtió, efectivamente, en enemigo abierto de Napoleón. ¿De dónde, pues, venía la enemistad de los alemanes?

Clausewitz opuso una contestación dura y sobria, se puede decir prusiana, a las intenciones pacíficas de Napoleón. Se encuentra en el segundo libro *De la guerra*, capítulo 5.º, bajo el título «Carácter de la defensa estratégica», y reza:

«El conquistador es siempre pacífico (como Bonaparte solía afirmarlo siempre), le gustaría entrar tranquilamente en nuestro Estado; pero para que esto no le sea posible tenemos que querer la guerra y prepararla.»

Esta contestación prusiana hizo tal impresión a Lenin, que la copió a mano y en alemán en su cuaderno de extractos, la *Tetradka*, añadiendo en ruso una glosa vivamente afirmativa (6). Haremos, pues, una pregunta heu-

(6) Acerca de la *Tetradka*: W. HÄHLWEG: «Lenin und Clausewitz», en *Archiv für Kulturgeschichte*, 36 (1954), págs. 30-59 y 357-387; además, mi trabajo *Teoría del partisano*. Una nota en la edición *Vom Kriege*, hecha por E. Engelberg (Berlín, 1957), página 413 (n. 59, p. 908) admira la «ironía contundente de Clausewitz». Me parece que el efecto irónico es tanto más grande cuanto más Clausewitz habló con pertinencia y sin intención irónica. Esto es típico para declaraciones intensamente políticas. Hágase la prueba, completando la exposición magistral de Raymond Aron en su libro *Paix et guerre entre les nations* (Paris, 1962), págs. 400 y sigs., 654 y sigs. (sobre *persuasion, dissuasion y conversion* del enemigo) con una lectura sinóptica de este 5.º capítulo de Clausewitz.

rística. ¿Cómo hubiera reaccionado Napoleón al memorándum-confesión de Clausewitz si hubiera llegado a conocer su texto? La pregunta tiene su sentido, porque puede aclarar el carácter específico de la enemistad prusiana frente a la enemistad alemana en general. No es difícil construir una contestación de Napoleón al memorándum del oficial de Estado Mayor prusiano pensando en sus conocidos ataques contra los patriotas alemanes. La hubiera calificado de obra infame de un peligroso ideólogo. Pero en la exposición de este prusiano había algo específico comparado con las consideraciones y reflexiones de otros patriotas alemanes, incluso el Freiherr vom Stein. Napoleón, como general experimentado, hubiera captado, naturalmente, la disciplina racional con la cual se enfrentaba este oscuro Clausewitz a un enemigo inconciliable, considerando sin miedo una situación militar desesperada. El enfado del emperador se hubiera probablemente convertido en cólera. Aparte de exactos cálculos militares, el memorándum contiene otro ingrediente que toca al punto sensible de la existencia moral e intelectual de Napoleón, tiene algo muy «filosófico» que no se puede desechar con la calificación injuriosa de «ideología». Envuelve una parte auténtica de la filosofía del idealismo alemán, que corresponde concretamente a la época y que le había otorgado un gran filósofo en Berlín, Fichte. En la España de entonces Napoleón no se hubiera podido encontrar con esta clase de enemistad filosóficamente cimentada.

4. FICHTE, EL FILÓSOFO DE LA ENEMISTAD CONTRA NAPOLEÓN

«No cabe duda de que en los discursos de Fichte a la nación alemana esté el origen del memorándum-confesión de Clausewitz» (7). Fichte ha formado el espíritu de las guerras alemanas de liberación contra Napoleón, por

(7) WILHELM WAGNER: *Die preussischen Reformer und die Zeitgenössische Philosophie* (Colonia, 1956) (un trabajo del año 1922 que llevó entonces un premio de la Kantgesellschaft), pág. 144; véase, además, el 3.^{er} capítulo (Zeitsituation der Reden und Zeitkritik) de ARNOLD GEHLEN, *Deutschtum und Christentum* (Berlín, 1935) y BERNARD WILLMS, *Die totale Freiheit. Fichtes politische Philosophie* (Colonia y Opladen, 1967), página 136. DIETER BERGNER: *Neue Bemerkungen Zu I. G. Fichtes Stellungnahme zur nationalen Frage* (Berlín, 1967), págs. 45 y sigs., dice acertadamente que Prusia se había convertido para Fichte, desde 1800, en «patria y destino». La arrogancia nacional y la interpretación prusianófila se explican por el subdesarrollo de la clase burguesa en la Alemania de entonces. Como B. WILLMS dice con razón, el libro de XAVIER LEÓN, *Fichte et son temps*, «es imprescindible para la investigación sobre Fichte por la cantidad de datos significativos». Nos interesa sobre todo la parte II del 2.^o tomo «La lutte pour l'affranchissement national, 1806-1813» (Paris, 1927). Durante más de un si-

lo menos en lo que respecta a Prusia. Con esto consiguió un doble efecto: otorgó a la enemistad alemana contra Napoleón la reivindicación de una legitimidad nacional-revolucionaria y, al mismo tiempo, le dió al renacido Estado prusiano la consagración espiritual del principio protestante en una continuación moderna de la Reforma. De esta manera «ha fundido a Prusia con la Reforma por la vía de la filosofía del idealismo alemán» (8). Las dos cosas —legitimidad nacional-revolucionaria y principio protestante— son, por un momento, históricamente inseparables en la situación concreta de la Prusia regenerada. Pero también, más tarde, llegaron a ser decisivas para el Estado nacional alemán del siglo XIX, fundamentalmente determinado por Prusia.

a) Empecemos con el primer elemento de esta amalgama, con la legitimidad nacional-revolucionaria. Para tener una visión completa de Alemania en los años 1807 a 1812 hay que incluir una comparación crítico-sinóptica de la admiración por Napoleón de Hegel con la enemistad contra Napoleón de Fichte. Pero esto excede el margen de nuestras consideraciones y acotaciones. Lo dejamos, pues, al igual que las relaciones entre Fichte y Goethe y su amistad con Johannes von Müller, entusiasta de Napoleón. En el caso de Clausewitz se trata de la influencia decisiva de Fichte. La literatura filosófica, histórica y general acerca de Fichte es casi inabarcable, y sus interpretaciones y juicios de Fichte resultan, con frecuencia, tan contradictorios como el maestro mismo con sus contrastes extremos de libertad y coacción, individuo y nación, nación y humanidad. El libro sobre Fichte de Bernard Willms, *La libertad total*, contiene descripciones fascinantes del cambio continuo de estos extremos, y demuestra que el Estado comercial cerrado de Fichte —según Willms la verdadera expresión de la teoría política de este filósofo— es, en realidad, una *sociedad total*, en donde la humanidad encontrará la libertad absoluta después de que la coacción de una policía omnipresente haya des-

glo Fichte ha sido una figura violentamente discutida en la polémica nacionalista entre franceses y alemanes. Tanto más asombrosa es la objetividad perfecta del libro de Xavier Léon. Nada se le escapa a su atención científica, ni la carta sobre Machiavelli que el capitán Clausewitz escribió desde Königsberg a Fichte, ni los detalles de la amistad con Johannes von Müller. Es una pena que Hugo Ball no haya conocido este libro magnífico (vid. n. 8).

(8) La expresión es de HUGO BALL, *Die Flucht aus der Zeit* (con prefacio de Hermann Hesse) (Munich, 1931), pág. 234, nota del 31 de julio de 1918. Ball subestimó la importancia político-teológica del *jus reformandi*, y no vió claramente la Reforma consumada por el *Leviatán*, de HOBBS. Por consiguiente; tampoco comprendió la frase de Barbey d'Aureville que él mismo cita y que dice que los dos libros más importantes de la época moderna son el *Leviatán*, de HOBBS, y *Du Pape*, de DE MAISTRE. Acerca del tema «La reforma consumada», vid. *Der Staat*, 4 (1965), págs. 51 y sigs., y más adelante. n. 13.

truído toda coacción antiliberal. Todo esto ya no tiene nada que ver con Clausewitz. Pero resalta el carácter peculiar de la enemistad contra Napoleón del pensador político que era Clausewitz frente a la enemistad ideológica del filósofo. Willms no habla ni de Clausewitz ni de la pequeña *élite* de poder en el Estado militar prusiano, que fué vencido por Napoleón y que se levantó después de la derrota. Era una *élite* que había encontrado, en Königsberg y en Berlín, el contacto con la filosofía del idealismo alemán.

Al destacar el cambio repentino de los extremos, aparecen las contradicciones abstractas entre la libertad absoluta de un yo que primero actúa muy absolutamente, pero que después está captado totalmente para volver a encontrarse en interdependencia, interpersonalidad y, por fin, en una permutabilidad de humanidad y nación, donde estará integrado sin residuo, a pesar de su libertad absoluta e incondicional. Willms habla también de los múltiples enemigos concretos (el dice «adversarios») de Fichte en su época temprana. Aparte de príncipes, nobles, Iglesia y judíos, lo son también los militares (página 28). A partir de 1807 aparece en la escena *el gran enemigo* de Fichte en su época tardía: Napoleón. Toda la enemistad que puede sentir un filósofo revolucionario se concentra ahora en Fichte contra el emperador francés, tomando forma concreta.

Napoleón ha provocado una enorme coalición de enemigos ante la cual, por fin, sucumbió. Estos enemigos eran tan heterogéneos que se podría establecer una fenomenología de la enemistad en general comparando los diversos tipos. Tierra y mar, Este y Oeste, conservadores y liberales, clericales y jacobinos se encontraron en un frente común contra este hombre. El frente literario abarca nombres como el de Maistre y Benjamín Constant, Ernst Moritz Arndt y Joseph Görres (9), Heinrich von Kleist y Friedrich Schlegel. Goethe y Hegel, los dos grandes admiradores de Napoleón, que seguían respetándolo aun después de su derrota, contribuyeron a completar el mito. En el libro 4 de su autobiografía, *Dichtung und Wahrheit*, Goethe creó la muy discutida demonización, poniéndole el enigmático epígrafe latino *nemo contra deum nisi deus ipse* (10). Hegel vió la grandeza de Napoleón en el hecho de

(9) A la injuria «Stockpreusse» (cabezudo prusiano), Clausewitz contestó con la expresión «stockdemokratisch» (cabezudo democrático). Los escritos de Görres le parecen «carcomidos por la pasión del despotismo democrático». Véase también REINHART KOSSELLECK, *Preussen zwischen Reform und Revolution* (Industrielle Gesellschaft, tomo 7) (Stuttgart, 1967), págs. 297 y 641.

(10) ADOLF GRABOWSKI (*Trivium*, III año, Nr. 4) ha sido el primero, después de 1945, en buscar origen y significado de este epígrafe. Lo comentó en una serie de ensayos del *Goethe-Jahrbuch* de la Goethe-Gesellschaft. EDUARD SPRANGER (*Goethe-Jahrbuch*, XI, 1949) supone que o Goethe o Riemer haya formulado la expresión, pretendiendo que era

que sólo un enemigo creado por él mismo, y no otro alguno, había podido vencerlo.

Fichte es el verdadero filósofo de la enemistad contra Napoleón. Se puede incluso decir que lo es en su mismísima existencia como filósofo. Su comportamiento frente a Napoleón es el caso paradigmático de una clase muy precisa de enemistad. Su enemigo Napoleón, el tirano, el opresor y déspota, el hombre que «fundaría una nueva religión si no tuviera otro pretexto para subyugar el mundo», este enemigo es «su propia pregunta como figura», un no-yo creado por su propio yo como contra-imagen de autoenajenación ideológica. Goethe se dió cuenta de esto. En una nota de su diario, del 8 de agosto de 1806, dice haber encontrado la teoría de Fichte en hechos y procedimientos de Napoleón (11).

El impulso nacional-revolucionario de Fichte provocó una amplia literatura. A pesar de esto no llegó a penetrar profundamente en la conciencia general de los alemanes. La idea inquietante de una legitimidad nacional-revolucionaria se perdió pronto, cuando Napoleón estaba vencido, y así faltaba el enemigo general. En el siglo XIX los alemanes.—protestantes y católicos, amigos y enemigos de los franceses— se pusieron de acuerdo acerca de una especie polivalente de legitimidad nacional-dinástica que, por su parte, sólo podía existir bajo la condición más o menos clara de una guerra victoriosa de dos frentes entre Oeste y Este. Pero de todas formas el breve momento de contacto nacional-revolucionario, concentrado en los reformadores militares prusianos de 1807 a 1812, fué lo suficiente para imponer una decisión trascendental *contra* Napoleón y en cierto modo *contra* el Occidente, tanto para Prusia y Alemania cuanto para toda la Europa continental del siglo XIX.

Napoleón no podía responder a la enemistad del filósofo prusiano Fichte, por lo menos no podía hacerlo en el mismo nivel. Durante los años 1808 a 1812 el emperador de los franceses se empeñó cada vez más en ganar a los alemanes —y no sólo a los príncipes de la Confederación Renana— como amigos para él y para su imperio. La necesidad de amistad del emperador va

antigua, es decir, de la Apopheptomata de Zincgref. Christian Janentzky, Siegfried Scheibe, Momme Mommsen hicieron otros intentos de interpretación. Nos interesa sobre todo el trabajo de M. Mommsen, el tomo XIII, págs. 86-104, por su conexo con Napoleón. Mommsen cita también el apunte de diario que hizo Goethe sobre Fichte y Napoleón que mencionamos antes.

(11) Vid. n. 9. B. Willms cita (lug. cit., pág. 156, nota 709) a Friedrich Meinecke, que tuvo la idea de que, quizá, la imagen de la *nación* en Fichte no sea más que una ampliación del filósofo Fichte mismo. El historiador rechaza esta idea inmediatamente como «interpretación pedante». Meinecke no dice nada de que el enemigo Napoleón podría ser el propio problema de Fichte.

creciendo a medida que aumenta la crisis de su sistema de poder continental-europeo y de su base interior francesa. Se intensifica al mismo ritmo que la guerra con Rusia se hace inevitable. Al mismo tiempo, el dinasta neo-legítimo Bonaparte vuelve a acordarse de su propio origen en la legitimidad nacional-revolucionaria, que no tenía nada que ver con herencia dinástica, matrimonios principescos o tradiciones feudales. La consagración de la legitimidad revolucionaria le había llegado al potentado plebeyo-plebiscitario del lado opuesto. Tenía su origen en la filosofía de la iluminación y en sus ideas de libertad, progreso y razón. La autoconsciencia y el autoentendimiento de Napoleón se basaban en la creencia de que se encontraba a la cabeza de semejante movimiento revolucionario.

Ni el concordato con Roma ni el matrimonio con una princesa habsburguesa podían aflojar o suprimir el vínculo del advenedizo neo-dinástico con semejante origen. Tan pronto como este hijo natural de la revolución notaba un soplo de enemistad que no procedía de la antigua legitimidad hereditario-dinástica, sino de una nueva consciencia filosófica, su propio sentimiento de seguridad se quebraba y no le quedaba más que la defensa ciega de su poder. Para él, los españoles eran fanáticos supersticiosos; los rusos, escitas bárbaros; los alemanes, buena gente trabajadora. Pero ¿qué eran y qué pretendían aquellos prusianos que se le oponían en el campo de batalla, al este del Elba, durante la primavera de 1813? No encontró para ellos más que arrebatos de indignación moral por su desagrdecimiento y ataques de rabia. Se reprochaba a sí mismo el no haber aniquilado a tiempo aquel Estado de Prusia, como lo había pensado seriamente durante el invierno de 1809 a 1810, después de la guerra con Austria. Desesperadamente les echa en cara a los alemanes: «¿Acaso sabéis los alemanes lo que es una revolución? Vosotros no lo sabéis, pero yo sí que lo sé» (el 26 de abril de 1813 al canciller de Weimar Friedrich von Müller). La consciencia de libertad, característica del idealismo alemán, y la filosofía revolucionaria de Fichte se sentían superiores a la iluminación francesa del siglo XVIII. Con su sentimiento de superioridad tampoco hicieron ninguna excepción con Federico el Grande. Fichte hizo alarde de que «entenderemos a Rousseau mejor de lo que él se entendió a sí mismo» (12).

La mirada crítica del nuevo enemigo no vio en el imperialismo napoleónico, con su acumulación de coronas en las cabezas de una nueva estirpe y con sus legitimidades sucesivas, desmintiéndose una a otra, otra cosa que un contrasentido absurdo, una traición de las grandes ideas de la revolución, un aprovechamiento impertinente de todos los títulos legales, antiguos o nuevos,

(12) Acerca de esta frase 'anexionista' de Fichte, vid. BERNARD WILLMS, *Die totale Freiheit*, lug. cit., págs. 18-19, n. 95.

que tenían curso por Europa. El potentado mismo ya había concentrado tanto poder en su persona que no podía darse cuenta con claridad de semejante nuevo enemigo. Pero esto no cambiaba nada el hecho de que una filosofía revolucionaria, desde Prusia, se enfrentó con el ex-revolucionario, con la pretensión de comprender a Rousseau, a la revolución y a su hijo mejor de lo que ellos se comprendían a sí mismos.

De esta forma, el imperialismo napoleónico recibió una respuesta que no le podía llegar ni de España o de Austria, ni tampoco de Rusia o Inglaterra. Fué una respuesta que se le escapó a la conciencia del emperador. Por un breve momento, el espíritu universal parecía residir en Berlín. Napoleón se imaginaba que había arreglado la revolución francesa. En realidad, la cosa era distinta. La revolución francesa no estaba arreglada, ni en la persona de Napoleón, ni por él. La legitimidad revolucionaria se integró en la legitimidad nacional, que era lo suficientemente fuerte para absorber también en su favor la gloria de Napoleón. Pero como tal legitimidad nacional no tenía la fuerza para legitimar un imperialismo francés, sobre todo frente a otras naciones del continente europeo. Más bien el fuerte nacionalismo francés obligó a los pueblos vecinos a acordarse de su propia nación y de su propia legitimidad nacional y de arriesgarse en la prueba nacional. Tanto los españoles como los alemanes se han convertido en naciones europeas, en el sentido moderno de la palabra, gracias al enfrentamiento con el nacionalismo francés. De todas formas se demostró en estas luchas continental-europeas, muchas veces encarnizadas, que Francia, gracias a su revolución, se había convertido en modelo para la idea de nación. Había creado el tipo nuevo de una legitimidad nacional. El intento prusiano-alemán no tuvo éxito. Sin embargo, tenía la fuerza suficiente para vencer al bonapartismo del primero y del segundo imperio de los franceses. Al segundo incluso lo venció sin ayuda ajena alguna, por propia fuerza nacional, en 1870.

b) Echemos un vistazo al segundo elemento formador —aparte del elemento nacional-revolucionario— del Estado prusiano recién nacido en 1807 a 1812, al principio protestante. El Estado prusiano que se levantó de la derrota de los años 1806 a 1807 era protestante según el lugar y la hora de su renacimiento. El sentimiento religioso de las antiguas provincias era protestante. El mundo sentimental del pietismo, la filosofía del idealismo alemán y la cultura de las nuevas capas burguesas nunca han negado u olvidado su procedencia de la Reforma protestante. El protestantismo de Fichte es distinto al de Hegel. Es revolucionario, igual que la filosofía política de Fichte. Pero después de la victoria sobre Napoleón no era la filosofía de Fichte, enemigo de Napoleón, lo que determinaba filosóficamente el principio protes-

tante para Prusia, sino la interpretación «mediadora» del admirador de Napoleón, Hegel. En el año 1830, el año de la muerte de Gneisenau y Clausewitz, hacia el final de la gran época del espíritu alemán, Hegel formuló y proclamó un principio protestante con plena conciencia histórico-filosófica. La muy discutida formulación histórico-filosófica de Hegel se encuentra en un añadido a la 3.^a edición de su *Enciclopedia de las ciencias filosóficas* (Lasson, página 469), y reza:

«Es una equivocación estúpida de los tiempos modernos creer que se puede cambiar un sistema de costumbres caducas, una constitución estatal y una legislación sin cambiar también la religión; creer haber hecho una revolución sin una reforma.»

Esto está dirigido —igual que las enunciaciones correspondientes en las conferencias de Hegel sobre Filosofía de la Historia— a los pueblos latinos de Europa en donde rige el catolicismo romano: a Francia, Italia y España. Hegel se cree superior a su falso liberalismo y constitucionalismo. No se hace la pregunta de lo que era la misma Reforma protestante, y si, a lo mejor, también se le podría llamar revolución. Este problema no se piensa hasta el final. El filósofo-historiador Hegel, que, por lo demás, era un buen conocedor de Hobbes, no se da cuenta de que el *Leviatán* de Tomás Hobbes representa concretamente la Reforma consumada en una revolución sangrienta (13). La formulación que hizo Hegel en 1830 se podía interpretar cómodamente en el sentido de que la Reforma de los soberanos territoriales en Alemania había ya realizado todo lo esencial, de manera que ahora los filósofos alemanes podían adoptar, con conciencia tranquila, el papel de augures para observar el vuelo de la lechuga de Minerva sin «precipitarse» en la realidad sucia de una revolución.

En el intervalo en Prusia «entre Reforma y revolución» (véase el título del libro de Reinhart Koselleck, nota 9), la escuela de Hegel ha levantado, con toda su agudeza, el problema filosófico de la relación entre teoría y práctica. Para Hegel mismo, teoría y práctica coinciden en el proceso del espíritu que se emancipa. Los hegelianos de derecha componen y concilian la «revolución a través de una Reforma permanente» y por «regeneración continua». Los hegelianos de izquierda oponen su crítica a este «relajamiento del principio protestante». Crítica significa para ellos esencialmente la mediación pragmática de teoría y práctica. La crítica pura de Bruno Bauer era igual a revolu-

(13) CARL SCHMITT: «Die vollendete Reformation», en *Der Staat*, 4 (1965), página 1 y sigs.; vid. supra n. 7.

ción, pero se quedó en el plano individual y hostil a las masas, y, por consiguiente, en pura «teoría» (14). El joven Karl Marx se dirige contra ambas posturas —mero reformismo y pura teoría— cuando dice con impaciencia: «En la política, los alemanes han *pensado* lo que otros pueblos han *hecho*.»

¿Qué debían de haber hecho los alemanes frente a Napoleón? ¿Debían o no aceptar su oferta de ahorrarles la revolución? ¿Es posible que un gran pueblo se ahorre la propia revolución sometiéndose simplemente al vencedor de una revolución extranjera? ¿Y si un pueblo no se puede ahorrar la revolución, es lícito pedir la revolución por principio, una revolución a ultranza y al precio que sea, una revolución tan sólo por la revolución? Esto sería una ética de revolucionarios profesionales y, lógicamente, podría tener sentido y validez sólo para un pueblo de revolucionarios profesionales. En cualquier otro pueblo resultaría una lucha triste. Recordemos la nota de Boyen en el memorándum-confesión de Clausewitz y la frase que se critica: ¡El alemán no es español! No es que los españoles sean un pueblo de revolucionarios profesionales. Tampoco lo fueron frente a Napoleón.

Entonces, ¿qué debían haber *hecho* los alemanes frente a Napoleón? La *filosofía de la Historia* del viejo admirador de Napoleón, Hegel, es una filosofía de mediación, como ha demostrado Joachim Ritter. A menudo se acerca a la paciencia olímpica del viejo admirador de Napoleón, Goethe, que apacigua la teoría de la violencia, que le resulta antipática, con el verso paciente (en la noche de Walpurgis clásica):

«Tranquilos, sólo es *pensado*.»

La justificación ideológica de Napoleón por Heinrich Heine y Karl Marx se basa en Hegel, mientras que Moses Hess opina que «la evolución positiva de la libertad» empezó precisamente con Fichte y terminó con Hegel (15). Con aquella frase del joven Marx no se puede acabar con Fichte. Fichte ha pensado radicalmente, hasta el final, lo que los franceses habían empezado en su práctica política. Verdad es que sólo ha *pensado*, no cabe duda. Pero en

(14) HANS-MARTIN SASS: «Emanzipation der Freiheit. Hegels Rechtsphilosophie als Strategie pragmatischer Politik und Rechtskritik», en *ARSP*, LIII (1967), págs. 257 y sigs., sobre todo pág. 254. Según Hegel, la revolución francesa no ha sobrepasado a la Reforma. Subraya la necesidad de que se emancipe la conciencia protestante como conciliación de conciencia y Derecho. Sobre Bruno Bauer y Moses Hess, vid. la 2.^a y 3.^a parte del libro de HORST STUKE: *Die Philosophie der Tat*, Industrielle Gesellschaft, tomo 3 (Stuttgart, 1963).

(15) IRING FETSCHER, *Karl Marx und der Marxismus; von der Philosophie des Proletariats zur proletarischen Weltanschauung* (Munich, 1967), pág. 298.

vista de algunas expresiones de su radicalismo teórico, la idea de una posible realización práctica de semejantes pensamientos nos llena de horror. ¿O se debe de ver un desequilibrio entre teoría y práctica porque Fichte se haya decidido en *contra* y no en favor de Napoleón? ¿Y qué pasa con Clausewitz, cuyo memorándum-confesión de 1812 fué apadrinado por Fichte? Como enemigo de Napoleón, Clausewitz llegó a ser el creador de una teoría política de la guerra. El ha *pensado* lo que él y sus amigos han hecho. Sólo por esto su teoría es auténtica, y como teoría auténtica pudo tener eficacia, más allá de los límites del momento histórico de su origen, e incluso entrar en la enseñanza y en la práctica de revolucionarios mundiales como Lenin y Mao.

5. CLAUSEWITZ COMO PENSADOR POLÍTICO

El filósofo Fichte con sus discursos a la nación alemana ha sido el padrino del memorándum-confesión de 1812. Durante los años 1807 a 1812 la *élite* de poder prusiana recibió fuertes energías intelectuales y morales para su lucha contra Napoleón de parte de Fichte. Pero en el punto decisivo, en la determinación de la enemistad concreta, los reformadores del ejército prusiano han sido guiados exclusivamente por consideraciones políticas. No eran ni fundadores de religiones, ni teólogos; tampoco eran ideólogos ni utopistas. El libro *De la guerra* no ha sido escrito por un filósofo, sino por un oficial del Estado Mayor prusiano, que desarrolló su teoría de «la guerra como continuación de la política» hacia consecuencias y repercusiones de alcance mundial. Cualquier político inteligente puede leer, comprender y practicar este libro sin saber nada de Fichte y de su filosofía. La autonomía de las categorías de lo político se hace evidente. Tampoco se puede decir que Fichte representa la teoría y Clausewitz la práctica. En el caso de Clausewitz las categorías políticas se imponen en toda su pureza, libres de todas las propagaciones ideológicas y utópicas del genial filósofo Fichte.

El sociólogo francés Julien Freund, discípulo de Raymond Aron, trabaja con las categorías de la sociología de Max Weber. Hay que fijarse en que traduce *Wertfreiheit* por *neutralité axiologique*. Su obra sistemática *L'essence du politique* utiliza la distinción de amigo y enemigo no como «criterio» de lo político —como ocurre en mi *Teoría de lo político*—, sino como uno de los tres pares de nociones, *présupposés*, que significan condiciones previas y requisitos esenciales para la posibilidad de lo político. Estos tres pares son: mando-obediencia, público-privado, amigo-enemigo. La dialéctica de cada uno de estos pares de nociones se desarrolla en una admirable construcción siste-

mática, con un amplísimo material enciclopédico, para cimentar la autonomía de lo político frente a lo económico, a lo estético y a lo moral.

En el capítulo sobre la dialéctica de amigo y enemigo (págs. 538-633) hay un apartado especial (§ 134, pág. 590) que está dedicado a Clausewitz y a su concepto de la guerra. Según esto, Clausewitz ha desarrollado de una manera definitiva el tipo ideal de guerra (en el sentido de Max Weber), de tal forma que tiene su validez incluso en una época de amenaza termo-nuclear. Julien Freund ve en esto una prueba de la solidez científica del método sociológico de Max Weber. Lo que nos interesa aquí no es una controversia metodológica o científico-teórica, sino un conocimiento importante acerca del pensador político Clausewitz. El sociólogo francés demuestra que la teoría de la «guerra como continuación de la política» consigue que la guerra meramente militar —que tiene una tendencia inmanente al uso ilimitado de la fuerza— se deje limitar encajándola en la realidad de lo político. Enemistad y guerra son inevitables. Lo que importa en su delimitación. Hay que evitar el desencañamiento inhumano de los medios de destrucción que proporciona el progreso científico. Según Julien Freund, el objeto de la lucha política no es la destrucción del enemigo, sino arrebatarle el poder. También Clausewitz entiende la llamada «batalla de destrucción» como una competición de fuerzas entre dos ejércitos organizados, lo cual es toda otra cosa que la destrucción de una parte de la humanidad por otra en nombre de la humanidad.

En el libro de Julien Freund *L'essence du politique* no se cita a Fichte como ejemplo. La riqueza de citas e ilustraciones es tan amplia que el autor pudo prescindir del caso de Fichte como paradigma. Para nuestra contemplación del pensador político Clausewitz, hacía falta separar claramente la enemistad ideológica de Fichte contra Napoleón de la enemistad política de Clausewitz, a fin de comprender a un pensador político en su autonomía y en su carácter particular. La unidad política desde la cual piensa Clausewitz es y sigue siendo el *Estado*, exactamente su propio Estado, que existe concretamente. La teoría política de Fichte, sin embargo, encuentra su expresión en el «Estado comercial cerrado», como ha demostrado Bernard Willms, y esto no es un Estado, sino una *sociedad*, y precisamente una sociedad total. Las categorías de Fichte son el Yo, la sociedad, la nación, el imperio y la humanidad. El Estado es, para él, un medio para el fin y una casa correccional. *Partidos* políticos en el sentido de una constitución liberal o democrática apenas se vislumbraban en aquel entonces (16). Ni Fichte, ni Hegel, ni Clau-

(16) «Las capas sociales, todavía distinguidas como estamentos, llegaron a tener el contorno de *partidos*: menos en el sentido de una organización o solamente de un convenio supraprovincial que en el de corrientes políticas. Detrás de ellos, y más allá de la

sewitz podían pensar políticamente en un partido revolucionario e internacional de una *clase*.

Más arriba hemos citado (nota 7) la frase de que «Prusia llegó a ser destino y patria para Fichte». Esto es exacto. Sin embargo, sería imposible definir a Fichte como prusiano. Clausewitz, por otra parte, es prusiano puro, en toda su existencia, no sólo por su origen y como oficial prusiano. Pertenece a la pequeña *élite* de poder que supo regenerar, en los años 1807 a 1812, al Estado militar prusiano, después de su total derrota, con tanto éxito, que podía arriesgarse en la carrera con el rápido desarrollo industrial del siglo XIX. Para lo que significa en el fondo el tan discutido nombre de *Prusia*, pero también para lo que queda y sigue irradiando después de que los vencedores de la segunda guerra mundial han suprimido a esta Prusia, Clausewitz es más importante que muchos otros que hoy día se citan para salvar el honor de Prusia.

En el apego existencial al Estado militar y continental de Prusia se puede ver cierto límite, para no decir cierta estrechez, del pensador político Clausewitz. Su libro *De la guerra* considera exclusivamente la guerra terrestre. El gran mundo de los océanos, las guerras marítimas oceánicas, con sus nociones propias de enemigo y guerra y botín, quedan completamente desatendidos. Necesariamente, el oficial del Estado Mayor prusiano piensa y argumenta desde la situación de su propio Estado, una fuerza militar continental estrechamente encajada entre grandes potencias continentales, que nunca ha sido autárquico, que siempre tuvo necesidad de alianzas, sin grandes posibilidades de sobrevivir en el caso extremo, siempre bajo la coacción de la alternativa de subir o caer, vencer o sucumbir. Cada gran victoria aumentó e intensificó la obligación de seguir subiendo, hasta que por fin la carrera con el progreso industrial obligó al Estado militar continental tan honrado a «echar mano del poder mundial», y esto lo arrastró a la catástrofe. Prusia-Alemania ya no ha producido un Clausewitz de la guerra marítima.

La estrechez provocó en este caso la concreción del pensamiento, y esto es la causa del inmenso éxito de la teoría de la guerra. Ningún pronosticador, ningún profeta del siglo XIX hubiera podido prever que esta teoría arraigada en la estrechez prusiana entraría en la gran práctica político-mundial del siglo XX. Mientras tanto, los vencedores de la segunda guerra mundial han acabado con Prusia, de manera que la antigua animosidad contra Prusia, antes

Bürschenschaft ruidosa, se distinguen grupos comerciales, económicos y, sobre todo, corporativos en el sentido antiguo. Sus exigencias constitucionales estorbaron la planificación administrativa y, por consiguiente, el bien común, tal como lo entendió la administración.» REINHARDT KOSELLECK, *lug. cit.*, pág. 297.

tan propagada, ya no afecta a Clausewitz. Pero en lugar de esto ya hay historiadores que consideran su actual fama mundial como políticamente sospechosa, porque revolucionarios profesionales como Lenin y Mao participaron esencialmente en crear esta fama universal.

Se entiende por sí mismo que un pensador político sea involucrado con la enemistad de los frentes en lucha. La noción de lo político lo implica. El pensar correctamente no elimina ni suaviza este peligro. Más bien lo aumenta y lo agudiza. El ideal de «Wertfreiheit», científica, no pudo cambiar nada de este hecho. Una categoría como «Wertfreiheit» sólo puede fallar en cuanto a la verdad y realidad de lo político, porque la filosofía de valores convierte al amigo político en un mero «valor», y al enemigo político en un «sinvalor». «Le combat spirituel est plus brutal que la bataille des hommes.»

CARL SCHMITT

R É S U M É

La définition "penseur politique" implique la question: qui sera l'ennemi, en tant que point d'orientation concret pour l'officier prussien d'Etat Major Clausewitz, étant donné ses idées qui ont rendu mondialement célèbre son livre "De la Guerre"?

L'ennemi concret c'était Napoléon, l'empereur des français, qui se trouvait, durant les années 1807 à 1812, à l'apogée de sa gloire militaire, qui avait vaincu la Prusse de façon fulminante, et qui paraissait alors invincible. Cependant Napoléon a été vaincu par une coalition d'ennemis hétérogènes: la maritime Angleterre qui se trouvait en plein développement industriel, la dominante Autriche agrario-féodale, la Russie, la Prusse et l'Espagne. Hegel a trouvé l'expression clef, pour définir les victoires et les défaites de Napoléon: Napoléon a pu être vaincu, seulement à cause des ennemis qu'ils était fait lui-même par ses victoires. Entre ces ennemis si hétérogènes, l'inimitié prussienne occupe une place spéciale, particulièrement significative en ce qui concerne le problème de l'inimitié.

A cette époque (1807-1812), l'Allemagne était divisée au sujet de Napoléon entre la haine et l'admiration, entre l'amitié et l'inimitié. Cependant, dans cette inimitié allemande envers Napoléon, la prussienne revêt des caractères spécifiques. Il faut tenir compte de cela dans un examen de la pensée politique. Il ne faut pas oublier que Clausewitz n'a pas seulement été impressionné par les "guerrillas" menées à bien par le peuple espagnol, entre 1808 et 1814, contre le conquérant français. De fait, l'expérience de cette

guerre lui à permis d'en déduire une doctrine de la guerre aussi bien du point de vue scientifico-militaire que du point de vue politique. En Prusse, la guerre a perdu tout son sens du fait de la déroute de l'armée régulière en 1807; tandis que la guerre de "guerrillas" en Espagne a acquis toute son importance stratégique en conséquence de la défaite des armées régulières hispano-anglaises.

La guerre espagnole d'indépendance s'est faite pragmatiquement, sans avoir comme base aucune théorie scientifico-militaire. Un peuple qui n'avait connu aucune sorte d'«illustration» philosophique, mais que les pillages et les actes de répression avaient rendu amers et exaltés, voyait dans le conquérant étranger l'ennemi du Trône et de l'Eglise. En Prusse il n'y a pas eu de guerre de partisans, ni dans le reste de l'Allemagne, excepté le Tyrol. Cependant, dans le Berlin de 1807-1812 est née une théorie du partisan et une doctrine de la guerre, élaborés par un militaire professionnel prusien, Clausewitz. Ces théories seront perfectionnées plus tard par les révolutionnaires professionnels comme Lénine, Staline et Mao Tsé-tung, au point de causer un véritable impact global.

Ceci fut rendu possible, parce que les années 1807-1812 à Berlin, ont vu naître une alliance entre l'élite militaire prussienne d'alors et une philosophie révolutionnaire, et cette alliance a fait de Napoléon l'ennemi rationnel en vertu des idées révolutionnaires et même de tendance jacobine. Pour J. G. Fichte, porte-parole et prédicateur de ces idées et penseur original de l'idéalisme allemand, Napoléon était l'ennemi de l'Humanité et une espèce d'Anti-Christ philosophique. Clausewitz n'a pas inclus dans sa doctrine de la guerre ce genre d'exagérations idéologiques quand il se réfère à l'ennemi. Sa pensée s'est limitée au domaine politique, en excluant, par conséquent, le domaine idéologique. Comme l'a exprimé Julien Freund dans son livre "L'essence du Politique", la tendance à l'emploi de la force ou de la violence sans limites, est immanente dans toute pensée purement militaire. Mais pour Clausewitz, la guerre en tant qu'entreprise militaire est limitée par le fait qu'elle soit incorporée à la sphère de la réalité politique. Dans ce fait même réside la rationalité d'une pensée politique qui sait où se trouve la différence entre l'ennemi et le criminel.

Au contraire de Fichte, Clausewitz fut toute sa vie un prussien authentique. Par ce fait nous comprenons mieux pourquoi sa pensée s'est limitée aux cas de guerre continentale. Il n'y a donc pas de place dans son livre pour des considérations au sujet du monde de la guerre océanique, avec ses concepts typiques de l'ennemi et de la guerre vue comme un butin. C'est aussi la raison pour laquelle sa pensée est considérée comme étroite mais en même temps particulièrement concrète, ce qui permet de comprendre l'énorme succès de

son livre, bien que dans une situation mondiale complètement différente et malgré le fait que la Prusse en tant que tel n'existe plus depuis longtemps ni comme Etat ni comme grandeur politique.

S U M M A R Y

The definition "political thinker" brings forward the question as to which was in fact the enemy that the Prussian staff officer, Clausewitz, took as basis for his ideas that gave world-wide fame to his book entitled "From the war" (De la guerra).

The enemy was in fact Napoleon, the French Emperor who, from 1807-1812 was at the top of his military glory, had quickly defeated Prussia and appeared at that time to be quite indestructible. Napoleon was eventually overthrown by a coalition of heterogenous enemies; by maritime England who was undergoing a rapid process of industrial development; by the ever predominant agrarian-feudal Austria; by Russia, Prussia and Spain. Hegel found the exact expression to characterize his victories and his defeats: Napoleon could only have been defeated by those enemies that he himself had made by his victories. Among these heterogenous enemies, the Prussian enmity takes up an important place, which is particularly revealing with respect to the enmity problem as a whole.

At that particular time (1807-1812) Germany was a country of divided opinions as far as Napoleon was concerned, some hated him and some admired him, some were friendly disposed and some were outright enemies. However within the circle of German enmity towards Napoleon the Prussian enmity had certain special features. It is important to bear this in mind when making a study of political thought. One must not forget that Clausewitz was morally impressed not only by the guerrilla warfare fought out by the Spanish people against the French conqueror from 1808 to 1814. What actually happened was that he knew from the experience he gained out of this people's war how to form a doctrine of war from both a scientific-military and a political point of view. In Prussia, the war lost its meaning due to the defeat of the regular army in 1807; however, the guerrilla warfare in Spain gained its strategic importance as a consequence of the defeat of the regular Spanish-British armies.

The Spanish War of Independence was planned pragmatically with no military-scientific theory as a basis. The people had not received any kind of philosophical "education", but were bitter and angry at the repressive attitude and plunderous activities of the occupying troops and considered the

foreign conqueror as an enemy of the Throne and Altar. In Prussia there has never been a partisan war, or in the rest of Germany for that matter (except in the Tyrol). Nevertheless in Berlin from 1807 to 1812 a professional army man by the name of Clausewitz started up a partisan theory and a doctrine on war itself, which were to be improved later on by professional revolutionaries such as Lenin, Stalin and Mao Tse-Tung to such an extent that they caused world-wide impact.

That was possible because in the Berlin of 1807-1812 an alliance was drawn up between the existing Prussian military élite and a revolutionary philosophy, as a result of which Napoleon appeared as the rational enemy in virtue of the revolutionary impulses and the Jacobin influence. The alliance had J. G. Fichte as its leader and speaker, who was the strage thinker of German idealism and who considered Napoleon to be an enemy of Humanity and a sort of philosophical Anti-Christ. Clausewitz does not include in the doctrine of war this kind of ideological exaggerations when referring to the enemy in his conceptual structure. His thinking was merely limited to the political field and left the ideological side alone altogether. According to Julien Freund in his book entitled "L'essence du Politique", purely military thinking tends to lead to the use of unlimited force and violence. Clausewitz however considered the war as a military enterprise which is limited because war as such has become a part of the sphere of political reality. This comes from a rational political idea which can see the difference between an enemy and a criminal.

Contrary to Fichte, Clausewitz was a real Prussian throughout his whole lifetime. It is therefore understandable that his ideas are limited to a continental war. A good proof of this is that in his book there is literally no room for considerations about an overseas war with its typical concepts of enemy and war or booty. This is the reason for which his ideas are considered to be somewhat narrowminded but at the same time to the point - which of course is the success of his book in a totally changed world situation and in spite of the fact that Prussia as such is no longer a State or even of any political importance.